

Universidad Teológica del Caribe

Curso: Espiritualidad Contemporánea

Presentación #1 Hacia una espiritualidad saludable

Profesora: WALESKA VEGA JIMENEZ

Estudiante: Ramón Martínez

Número de Estudiante: 3690

Fecha: 02/07/2025

Reflexión personal sobre el Capítulo 3 del libro: Cassese - Hacia una espiritualidad saludable

Desde antes de adentrarme en el estudio de estos textos acerca del templo, la resurrección de Jesús y la crítica profética, tenía claro que el templo no solo cumplía una función religiosa, sino también política y militar. Sin embargo, la lectura de Cassese (2004) y la referencia a Lutero (1522), así como las denuncias de Jeremías y Jesús, me ofreció una perspectiva fresca que me ha resultado de gran utilidad para mi misión pastoral y para profundizar en el sentido del culto a Dios.

En primer lugar, la cita de Lutero me hizo reflexionar sobre cómo, ya en el siglo XVI, se cuestionaba el uso de los recursos económicos en la construcción de templos y monumentos, mientras la pobreza y las necesidades sociales seguían sin atenderse. Lutero señala: “Los ricos colman a los sacerdotes de tesoros... Mas si se pusiesen en la situación de un pobre... entonces tendrían que darse cuenta por sí mismos de cuál es en realidad su deber.” Como pastor, he visto con mis propios ojos cómo a veces se da prioridad a embellecer el edificio de la iglesia o a levantar nuevas estructuras, dejando de lado las necesidades más urgentes de la comunidad. Antes me parecía legítimo invertir en la “casa de Dios”, pero ahora, gracias a esta lectura, confirmo la importancia de ponernos en el lugar de los más necesitados para no descuidar el equilibrio entre la adoración y la justicia social.

Otro elemento que cobró un matiz diferente con este estudio es la muerte de Jesús bajo cargos de sedición. Aunque ya sabía que la crucifixión tuvo componentes políticos y religiosos, el texto profundiza en cómo Jesús era percibido como un peligro real por quienes controlaban el templo y el poder económico. Esto me llevó a ahondar más en la pregunta: ¿por qué los líderes religiosos se sentían amenazados? La explicación sobre las jerarquías, los atrios y la recaudación monetaria en torno al culto evidenció cómo el templo podía operar como una “empresa” que oprimía al pueblo a través de impuestos y ofrendas obligatorias. Este vistazo renovado me recordó que la práctica religiosa, mezclada con ambición y poder, se convierte en un arma de deshumanización. Por eso, el gesto de Jesús al purificar el templo no fue un simple arrebato de “celo”, sino una denuncia profética contra un sistema que se aprovechaba de la fe del pueblo.

La lectura también revisita la construcción del templo por David y Salomón. Si bien estaba al tanto de que aquella obra buscaba centralizar el poder político, militar y religioso, la forma en que el texto resalta la oposición profética y las consecuencias sociales me abrió nuevos ángulos de reflexión. Ver cómo el pueblo empezó a depositar su seguridad espiritual en un lugar, confiando ciegamente en la fortaleza aparente del templo, ilustra una desconexión entre la piedad y la práctica de la justicia y la misericordia. Esto me recuerda, como pastor, la necesidad de evaluar si nuestras congregaciones no están también depositando su confianza en su “templo” — sea este un edificio, un programa o una estructura eclesial —, sin atender efectivamente a la compasión y el servicio.

Más adelante, se describen las distintas fases del templo (Zorobabel, Herodes, etc.) y su relación con la política y la economía. Sabía que la época de Jesús estuvo marcada por tensiones entre las autoridades judías y romanas, pero esta lectura me evidenció con mayor claridad cómo el templo se convirtió en un centro económico que alimentaba un sistema de opresión para la gente humilde. De ahí que Jesús lo llamara “cueva de ladrones”, no solo por comerciantes deshonestos, sino por la estructura en su conjunto que reproducía la exclusión y el abuso. Como pastor, esta visión renovada me inspira a cuestionar cualquier dinámica eclesial que, en vez de acercar a las personas a Dios, les ponga barreras o las oprima.

La comparación entre el templo y el reino de Dios también resultó muy iluminadora. Entendía que el templo solía tener divisiones y atrios que excluían a gentiles, mujeres o personas consideradas “impropias”. Pero ver cómo estas barreras se convierten en un símbolo de fragmentación y cómo el reino de Dios propone lo contrario (inclusión, equidad y justicia) me lleva a revisar cuántas “divisiones” actuales mantenemos en la iglesia. Desde la discriminación sutil hacia quien no viste o no habla como “nosotros” hasta la falta de participación de ciertos grupos en el ministerio. Esta perspectiva me anima a promover espacios donde se vivencie realmente que “no hay judío ni griego”, sino una sola familia en Cristo.

Especial significado cobró para mí la idea de Cristo como el “nuevo templo” que acoge a todos sin distinción. El velo rasgado (Mt. 27:51) ya lo asociaba con la comunión plena con Dios, pero ahora también lo veo como un acto de liberación social que derriba muros entre las personas (Ef. 2:14-18). En mi iglesia, esto se ha traducido en la promoción de una comunión más horizontal: reuniones en casas, encuentros donde cada uno pueda participar libremente, y la insistencia de que nadie sea discriminado ni por su trasfondo económico ni por su condición social.

Respecto a la idolatría, los profetas denunciaron la falsa confianza en el templo que, en vez de acercar a Dios, perpetuaba la injusticia. Yo tenía nociones sobre esta crítica profética, pero Cassese refuerza cómo esto puede suceder hoy cuando hacemos de la iglesia o de la religión un fin en sí mismo y no un medio para vivir la voluntad divina. Recordé ocasiones en que mi prioridad era organizar eventos multitudinarios o celebraciones con altos costos, descuidando la formación de discípulos que ejercieran la solidaridad y la compasión. Esta lectura refrenda mi convicción de que el verdadero culto a Dios se expresa en la justicia y en la entrega sacrificial a favor de los que sufren.

Asimismo, la referencia a la idolatría en el mundo moderno (según Eric Fromm) me ayudó a entender que los “nuevos ídolos” —instituciones, naciones, sistemas productivos— pueden robarse nuestro compromiso con el evangelio. Si nos alineamos incondicionalmente con estructuras opresoras, ignorando la situación de las personas más vulnerables, caemos en una forma de idolatría que justifica la deshumanización. Como pastor, debo guiar a la congregación para que examine críticamente estas realidades, sin perder de vista que nuestra lealtad primera es al reino de Dios y su justicia.

Finalmente, ver la visión escatológica de la nueva Jerusalén sin templo (Ap. 21:22) terminó de enlazar todo lo anterior. Sabía que en la consumación final Dios sería “todo en todos”, pero entender con nueva fuerza que la ausencia de templo implica la disolución de toda barrera o mediación me emociona profundamente. Imaginar que todo el cosmos se convierte en ese “espacio sagrado” y que nuestra labor hoy es anticipar esa realidad me da un gran sentido de misión. He impulsado talleres y programas de reconciliación, tanto para hermanos en la fe como para gente no creyente, pues creo que la iglesia debe encarnar la invitación de Jesús a la unidad y la paz.

En conclusión, esta lectura del capítulo 3 de *Hacia una espiritualidad saludable* me ha dado una perspectiva fresca sobre la función del templo en la historia bíblica y, sobre todo, sobre cómo debemos cuidar que nuestras estructuras eclesíásticas no se conviertan en obstáculos para la comunión con Dios y con el prójimo. Aunque ya era consciente de las implicaciones religiosas, políticas y militares del templo, estos planteamientos consolidan en mí la certeza de que, como pastor, debo fomentar la transparencia, la inclusión y la justicia en la congregación. De este modo, encarnamos mejor el mensaje de Cristo, quien, al rasgar el velo del antiguo templo, nos invita a ser parte de una comunidad basada en el amor, la libertad y la verdadera adoración. Mi esperanza es que esta comprensión renovada contribuya a una iglesia más comprometida con las necesidades de la gente y con la promoción de un reino de Dios que transforme vidas y relaciones.

Referencia:

Cassese, Giacomo. *Comunión y Comunidad: Introducción a la Espiritualidad Cristiana*. Nashville, Tennessee: Abingdon Press, 2004.